



reinante no le había adoptado. A mitad del siglo XIV, el duque Jagello, convertido (1386) con motivo de su casamiento con Hedwig, hija del rey Luis de Hungría, trabajó mucho en la conversión de su pueblo. Llegó á ser rey de Polonia con el nombre de Ladislao II: su contrato de casamiento con Hedwig contenía expresamente la condición de que abrazaría el cristianismo y le introduciría en toda la comarca. Pero, ¿con qué medios pudo esto hacerse, cuando era tan difícil encontrar á alguno que uniese un conocimiento exacto del cristianismo á la posesión de la lengua lituana? Jagello recorrió por sí mismo todo el país enseñando el *Pater* y el símbolo de los apóstoles, explicándolo todo del mejor modo que podía, aunque adoptando siempre las medidas siguientes: Había invitado desde un principio á todos sus vasallos á que recibieran el bautismo, y como casi ninguno de ellos lo hiciese, prometió un traje de lana blanca á cada uno que le recibiese; seducidos por esta promesa los paganos, pidieron á montones el bautizo; se les bautizó por grupos, derramando agua sobre ellos, y á cada grupo se le dió un nombre particular. Consultado el papa Urbano si este bautizo había sido válido, contestó afirmativamente, y en efecto lo era: de este modo se verificó el ingreso de los lituanos en la sociedad cristiana.

Todos participarán seguramente del sentimiento que yo experimento y he expresado al empezar la historia de esta conversión; este espectáculo contrista al historiador, lo cual no sucedía en su origen. Si el cristianismo no hubiera sido de otro modo propagado en los primeros siglos, apenas se encontraría bajo este punto de vista ninguna diferencia entre él y el islamismo; no fué con la fuerza material, no con la violencia, sino con la virtud interior del espíritu que conquistó á los primeros paganos, y del mismo modo se propagó un principio entre los pueblos más civilizados, entre los griegos y los romanos. Su gloria consiste precisamente en que bebe su fuerza victoriosa en su propia naturaleza, en el carácter de su doctrina, y hé aquí por qué se puede decir de él que ha sido por todas partes recibido sin el apoyo

de las armas y por el solo efecto de su virtud y de su belleza intrínseca. En cuanto á las conversiones de estos pueblos del Norte, tan poco adelantados todavía en el orden de la civilización, debían, por las razones que hemos expuesto, ofrecer un espectáculo desolador; pero un cristiano no debe contristarse ménos por no haber sido sufrido con los pueblos todavía tan bárbaros, que por no haber sido puesto al alcance de su inteligencia y conformado enteramente al espíritu del cristianismo. Si se quisiera, aun en nuestros días, trabajar en su conversión segun el verdadero método cristiano, esta conducta sería infinitamente preferible á la que entónces era seguida.

Los grandes descubrimientos de los portugueses y de los españoles á principios del siglo XV, no han tenido solamente una importancia decisiva para el comercio, las transacciones, las ciencias, especialmente para la geografía y la historia, sino también para la historia de la Iglesia. En todas partes donde los españoles y portugueses penetraron en el curso del siglo XV, penetró también detrás de ellos el cristianismo. El Evangelio fué predicado en las islas Azores y en las Canarias, en las islas de Monte-verde, en el reino de Congo, en la costa occidental de África, donde se convirtió un rey con toda su familia. El cristianismo hizo muchos progresos hasta que á fines de este período se enfrió poco á poco el celo de los portugueses y casi enteramente se apagó. El cristianismo fué igualmente adoptado por muchos habitantes del reino de Angola.

Segun hemos indicado ya, en el período siguiente, donde estarán más en su lugar, trataremos de las conversiones obradas en Asia por los portugueses; pero debemos desde ahora decir algo sobre las misiones de América, aunque la continuación de su progreso pertenezca al período siguiente. Informado del descubrimiento de las Indias Occidentales y de la América por Cristóbal Colon (1), el papa Alejandro VI

(1) *Nova navigatio novi orbis Indiarum occidentalis Buelli Catalani, ac sociorum monachorum*, O. S. B.—Vefelé, el cardenal Jimenez.—Herrera, *Descripcion de las Indias Occidentales*, Madrid, 1730, 8 vol.



envió, allá en 1493, algunos monjes franciscanos, á fin de que predicasen el Evangelio en las islas y demas lugares donde los españoles se habían definitivamente establecido. Los franciscanos fueron pronto seguidos por los religiosos de Santo Domingo. Nada desgraciadamente hay tan triste como la conducta de los españoles con los americanos. ¿Quién no conoce su pasión por el dinero, su insaciable codicia, su dureza y su barbarie con los indígenas? ¿Quién no sabe que al principio los españoles apenas consentían en reconocer como hombres á los americanos, que les arrojaban de sus posesiones y que les hacían esclavos? Fácilmente se suponen las dificultades que la predicación evangélica debía encontrar entre estas multitudes inertes é insensibles. Por otra parte, no hay que olvidar que la Iglesia no evitó medio alguno para moderar á los españoles y preparar á los americanos una suerte digna de una criatura humana. Á ejemplo del legado del papa, Guillermo, obispo de Módena, cuya presencia en el norte de Europa había sido tan benéfica; á ejemplo de los papas, que no habían cesado de recomendar á los caballeros del orden teutónico que usasen la dulzura, la caridad y la paciencia con los prusianos, el clero mismo opuso una viva resistencia á las maniobras de estos feroces guerreros. Los franciscanos y dominicanos, estos últimos especialmente, merecieron toda clase de elogios, no sólo por lo que hicieron, sino también por lo que sufrieron al querer sostener la causa de los americanos. Pedro de Montesino (1) condenó enérgicamente desde lo alto de la cátedra la conducta de sus compatriotas para con los americanos, especialmente su costumbre de reducirlos á esclavitud (1511). Sus jefes, á quienes había sido este hecho denunciado, fallaron en su favor y decidieron que debía ser excomulgado todo español que se atreviera en lo sucesivo á reducir á la esclavitud á un americano.

El hombre que más se señaló en estas tristes circunstancias fué el dominico español Bar-

(1) Hefelé, loc. cit., p. 485. J. Margraf, *Kirche und Sklaverei seit der Entdeckung Amerikas*, Tubin., 1865, p. 23-74. Cochin, *La abolición de la esclavitud*, París, 1862, 2 tomos.

tolomé de las Casas, del célebre convento de San Estéban de Salamanca (1): es imposible concebir las fatigas á las que gozosamente se sometió para hacer observar la ley cristiana con respecto á los americanos, corrió toda clase de peligros, y más de una vez se expuso á la muerte por cumplir este noble y evangélico deseo. Consiguió, en fin, gracias al concurso de su orden y de los amigos que se había conciliado, aliviar la suerte de los americanos. Los dominicos no habían podido en un principio impedir que la esclavitud de los americanos fuese autorizada por un real decreto de Madrid, en que se mandaba que se les tratara con humanidad; pero los misioneros, poco satisfechos con esta reserva, obtuvieron, en fin, que todo americano que voluntariamente abrazara el cristianismo y permaneciera en paz, podría residir en sus posesiones; que ningun americano sería reducido á esclavitud, y que todos, á ejemplo de los españoles, serían libres vasallos

(1) Bartolomé de las Casas, muerto de 1560, arzobispo de Chiapa, *Brevísima relacion de la destruycion de las Indias*, 1552, in 4.º—Weise, *Veber las Casas*.—J. A. Llorente, *Obras de D. Bartolomé de las Casas*.—París, 1822, 2 tom.—Quintana, *Españoles célebres*, t. III.—Prescot, *Conquista de Méjico*, 2 tom.—M. J. Navarrete, *Coleccion de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, Madrid, 1825-1837, 5 vol. in 4.º

Peschel trata de exageracion la afirmacion de que la Isla Española (Santo Domingo) tenía en el tiempo de su descubrimiento de tres á cuatro millones de habitantes, siendo así que su número no llegaría á 300.000. Hoy se sabe que los indígenas, en contacto con los emigrados, disminuyen por sí mismos y se extinguen rápidamente, y que la Iglesia Católica ha sido la única que ha conservado á los primitivos habitantes de la América.—«Las misiones católicas de América son incomparables, á causa de la abnegacion heroica, de la fuerza de voluntad, de la pureza del móvil y de la santidad del objeto. En ninguna parte se encuentra nada tan sublime, ni aun para aquellos que se dejan deslumbrar por el prestigio de la grandeza humana; en ninguna parte se ven pruebas más victoriosas del poder de la religion, aun en lo que concierne al bienestar temporal de los pueblos.»—J. Gim. Shea, *die Cathol. Missionen unter den Indianern in N. Amerik*, 1864.—Baluffi, *la Chiesa romana riconoscente alla sua carità verso il prossimo*, Imola, 1854.—T. W. N. Marschall, *Las misiones cristianas*, 3 vol. París, 1863. En la actualidad se trata, como única medida acaso salvadora, de educar nuevos misioneros para América en el convento de San Estéban de Salamanca.



del rey de España. Pero que los franciscanos y dominicanos no pudieron impedir que algunos esclavos fueran trasportados desde África á las Indias Occidentales y al continente de América, para que ejercieran los trabajos que al principio habian sido impuestos á los indígenas, y en vista de los cuales habian sido todos reducidos á la esclavitud. Sabido es que este odioso tráfico, este baldon del cristianismo, que consiste en trasportar esclavos desde África á Amé-

rica, ha durado hasta nuestros dias; pero tambien nadie ignora que la España católica le ha perseguido siempre, y que sólo la avaricia de los poderosos, la inmoralidad de los gobernantes y la astucia mercantil de los extranjeros le han mantenido en América, cubriéndose todos estos malvados con la bandera de la patria de Colon y Bartolomé de las Casas. La historia imparcial hará siempre justicia á la noble España.

## CAPÍTULO V

Historia de las relaciones de la Iglesia y del Estado, del papado y de la jerarquía.

Los ensayos que se habian intentado á fines del siglo XI en favor de una regeneracion religiosa y moral en el seno de la Iglesia, fueron continuados; de suerte que este período todo entero, ó al ménos en su mejor y más hermosa parte, no es sino la continuacion de los esfuerzos empezados á fines del siglo XI. Como los papas, especialmente desde Leon IX, se habian puesto á la cabeza de este vasto y poderoso movimiento, y se habian al mismo tiempo empeñado con el imperio en una lucha de la cual salieron victoriosos, no solamente entra el papado en una nueva y grande fase, sino que toca ahora á su más alto período de grandeza terrestre; bajo el punto de vista eclesiástico, su posición habia sido tambien, en pro de sus miras, completamente modificada, y debia en lo sucesivo aparecer como la más grande y más universal potencia europea. Habiendo el emperador, el primero y el más poderoso de entre los príncipes, sucumbido en la lucha, fué el papa considerado como superior á todas las demas potencias de la tierra, y puesto que á todas las sobrepujaba, se dedujo que tenía el derecho de mandarlas en lo exterior. Durante todo este período, el círculo de los trabajos que ocupan á los papas, puede apenas compararse con el que anteriormente existia. Así como el

papa aparece á la cabeza de Europa cuando ésta, reuniendo todas sus fuerzas, marcha hácia el Oriente para propagar ó fortificar al cristianismo delante de los mahometanos, así tambien se presenta como el alma, el regulador y jefe de estas grandes expediciones; le vemos presidir en todos los grandes negocios de Europa, fijando las relaciones mutuas de los Estados, arreglando las diferencias de los soberanos con sus pueblos, de los reyes con sus vasallos, de los reyes con los Estados; apaciguando las contiendas domésticas de las grandes familias y apreciando y juzgando los derechos de los pretendientes á la corona. La córte de Roma, como entónces se decia, y como despues se ha continuado diciendo, se convirtió en tribunal de toda Europa; todas las contestaciones jurídicas, tanto civiles como eclesiásticas, la fueron sometidas, y de su decision se esperaba una justicia que en ninguna otra parte se creía encontrar. La autoridad de los papas se extiende á todas las condiciones sociales, desde las más elevadas hasta las más humildes; todo está sometido á su autoridad. Las contiendas de los reyes y de los obispos, de éstos entre sí, de los obispos y de los abades, de los abades y de los monjes, de los clérigos y de los legos, llegan de todas partes y encuentran una solu-